LA ESCOBA.

Periódico que no es militar, y sin embargo es general;- que tiene su alma en su almario, y que hará lo que la gatita de Mari-Ramos que halagaba con la cola y arañaba con las manos; advirtiéndose que halagará sin adular á nadie y arañará con entera independencia y siempre en ley de justicia.

SALDRÁ Á LA CALLE, POR AHORA, DOS VECES Á LA SEMANA.

TRIM. II. | San José de Costa-Rica, octubre 20 de 1886. | NÚM. 35.

Redactor—**Federico Proaño.**
Administrador—**Francisco Huete.**

OFICINA.

CALLE DE LA UNIVERSIDAD, Nº 15.

SUSCRICIONES.

PAGO ANTICIPADO.

Un trimestre..... $ 2-00
Un mes..... „ 0-75
Número suelto..... „ 0-10

Remitidos y anuncios á precios convencionales.

La clausura.

Puesto que el señor Redactor de "La República" *recién* va á ocuparse en el estudio de las Memorias presentadas por los señores Ministros, hace muchos días, alguien que vea la palabra "clausura" como título de estas líneas, supondrá que vamos á hablar de la clausura de las sesiones del Congreso ordinario, que es un asunto casi tan viejo como las Memorias; pero sepa que no tratamos aquí de haberse cerrado el local de los hombres públicos que representan al pueblo, sino del Hospicio de las mujeres que también llevan el mismo calificativo y representan la Puebla, según consta de unos versos anónimos que han circulado últimamente, y que no deben ser vistos sino por los que puedan leer impunemente el Decreto consignado en "La Gaceta Oficial" del 16 de los corrientes, que dió lugar á dichas estrofas un si es no es picarescas é inconvenientes para una buena parte de la sociedad josefina.

Desde que se puso en pinganitos el Sr. don Ricardo Jiménez, como Ministro de Estado, esperábamos las obras, para ver si correspondían á la fama altísima y casi sin rival que sus conciudadanos le habían dado, como hombre de inteligencia *extraordinaria;* pues actualmente ya tenemos una buena muestra, en el célebre decreto relativo á la supresión del Hospicio de Sanidad que aquí existía en obsequio de no pocas personas desvalidas, y sobre todo en beneficio de la moral y de la Higiene pública que lo reclamaban imperiosamente.

Todos creíamos que la existencia de este asilo era una necesidad y una salvaguardia de la generación presente y de las venideras; pero el Sr. Ji-

ménez acaba de sacarnos de un error. Sin saberlo nadie, nos hallábamos en aquellos dichosos tiempos de que hablaba don Quijote, cuando, contemplando el puñado de bellotas, exclamaba: "entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temer que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen."

Tal debe ser el pensamiento del Sr. Ministro, cuando cree que no es de importancia un Hospicio de Sanidad, y lo manda á cerrar, suponiendo que las buenas costumbres andan tan bien entre nosotros, como en aquellos días á que se refieren don Quijote y aquel antiguo romance de una enamorada, que comienza:

> En Castilla hay un castillo
> que se llama Rocafrida,
> al castillo llaman roca
> y á la fuente llaman frida."

Pero viéndolo bien, y leyendo con cuidado el originalísimo decreto de La Gaceta, se comprende que otras fueron las razones que tuvo el señor Ministro de Gobernación, Fomento y Policía.

Desde luego debemos decir que el señor Jiménez, hace muy pocos días, creyó, como todos, que la honestidad de costumbres en nuestros tiempos no era tal que no hiciese necesario un establecimiento de beneficencia como el Hospicio; en prueba de ello él mismo, según entendemos, nombró médico de dicha casa al Dr. don Carlos Durán, quien filantrópicamente aceptó el cargo del que ha quedado cesante con la supresión de que hablamos.

Veamos, pues, cuales son los considerandos del Decreto, aunque por la naturaleza del asunto tengamos que tratar de ellos ligeramente y como si tuviesemos en las manos una brasa de fuego; y adviértase que si sobre ésto escribimos es porque se encuentra en el órgano oficial del Gobierno.

1ª razón para suprimir el Hospicio donde se curaba á las mujeres enfermas: que los individuos pueden precaverse de enfermedades, haciendo uso de una *vulgar prudencia*. Esto de querer que sean precavidos y prudentes hasta los jóvenes inespertos, es un buen deseo, pero una verdadera utopía del señor Ministro, y luego el término empleado en el documento oficial es tan lato, que se presta á diversos comentarios, desgraciadamente inmorales.

2ª razón: que conviene que en los individuos que no tienen esa *vulgar prudencia*, se desarrolle la discreción, mediante los efectos de su propia experiencia. Estamos seguros de que nadie experimenta mejor en cabeza ajena como en la propia; pero si la autoridad amante del bienestar de sus gobernados y cuidadosa de la salud pública, puede impedir tan tristes y dolorosas experiencias, debe indudablemente hacerlo, previniendo así los males, pues mucho mejor es el empleo de la Higiene que el de la Terapéutica. Mientras el señor Ministro espera, pues, que se *desarrolle la discreción*, la plaga social se desarrollará libremente y se viciará toda una generación que tiene que trasmitir el mal á las venideras, y sobrevendrá la ruina física y moral de todo un pueblo.

Si el señor Jiménez sigue colaborando de esta manera en la administración del señor Soto, posible es que mañana disponga, entre otras cosas, que no se obligue á los particulares á que limpien sus casas, para que una vez infestada la atmósfera, contraigan fiebres y otras dolencias y así se les *desarrolle la discreción* mediante los efectos de su propia experiencia, ésto cuando la enfermedad no les mande á que sean discretos en el hoyo.

3ª razón: que no es decoroso que la solicitud del Estado se extienda á las casas de prostitución;..... y que el hacerlo cede en daño de multitud de intereses que demandan protección y que en algo podrán obtenerla con los fondos destinados al sostenimiento del Hospicio de Higiene. No sabíamos que una casa de Beneficencia fuese casa de prostitución; pero el señor Jiménez lo dice, y él sabrá por qué. En cuanto á los decantados fondos, creemos que no son muy pingües; pues en la última Memoria del señor Ministro de Hacienda consta que en un año se gastó la suma de $3,672-64 cs.; de suerte que para el Sr. don Ricardo Jiménez ha cedido en daño de *multitud* de legítimos intereses el empleo de dicha cantidad que no es exajerada relativamente á otras, como la de $ 9.500 de la Policía Secreta; y vamos, aunque lo fuese, el asunto es tan trascendental y de tanta importancia para lo presente y lo porvenir de Costa-Rica, que no debía un gobernante como el señor Soto fijarse en bagatelas y procurar hacer economías á este respecto, economías que no las hacen otros gobernantes de América que conocen las necesidades sociales y procuran la felicidad de los pueblos, máxime cuando puede economizar muy bien en otros gastos innecesarios y de poca ó ninguna utilidad pública que nosotros podríamos citar.

4ª razón: que hay dificultades para la debida organización del Hospicio. Este es el más convincente de los considerandos del señor Ministro: si hay dificultades en una cosa, no hay que tratar de vencerlas, sino abandonarlas; ésto es cortar por el atajo y sobre todo es sumamente cómodo para los empleados que, con el sistema del señor don Ricardo, no tienen sino que realizar lo que es fácil y sencillo y en lo demás echarse á dormir á pierna suelta. ¿Se cayó un puente y hay dificultad para reponerlo? pues dejarlo caído. ¿Hay inconvenientes para fundar una escuela que necesita imperiosamente el pueblo; un banco que le libra de la usura al propietario; una institución benéfica en favor de la humanidad que sufre? pues el modo de sanjar patrióticamente estos inconvenientes es desecharlos y no acordarse más de semejantes badomías.

Resumen. Con el decreto *habilmente* redactado por el Ministro de Estado Sr. Jiménez se han cerrado las puertas de la caridad á tantas personas infelices que sufren, y en circunstancias, en que ni la Municipalidad ni ninguna asociación particular puede atenderlas; y sobre todo se ha llegado á herir inhumanamente á la sociedad entera en sus más sagrados y vitales intereses.....

Pero en cambio, el señor don Ricardo Jiménez siempre seguirá siendo, como hemos dicho ya, el niño mimado de San José.

Más vale caer en gracia que ser gracioso!

El matrimonio.

—:o:—

Beaumarchais ha dicho que "de todas las cosas serias, el matrimonio era la más jocosa...."

Pero Beaumarchais que quería constantemente decir gracias, sentaba con mucha frecuencia paradojas, que sólo sostenía á fuerza de chistes.

Nó, el matrimonio no es una cosa jocosa, ni mucho menos. El estado del hombre casado no es siempre tan cómodo como pueden imaginarse. No basta encontrar uno en su casa las pantuflas, y atenciones....Además, ¿se encuentran siempre esas atenciones?....¡Necesitan ciertos maridos tantas cosas para ser felices!....Otros se dan por satisfechos con muy poco ...pero ese poco es á veces tan difícil de encontrar como la mayor cantidad.

Y no obstante ésto, todo el mundo se casa....Los que todavía no lo son, lo serán....(casados, entiéndase bien) ¡Y Dios nos guarde hasta de la intención de hacer aquí una diatriba contra el himeneo!

Pues que la gran mayoría quiere probarlo, es que quizá, á pesar de los epígramas sentados contra el matrimonio y los maridos, las ventajas y los placeres de ese lazo que une á dos personas por toda la vida, serán superiores á los disgustos y desventajas.

Y además, ¿dónde iríamos á parar si la gente no se casara?

¿No estamos en la tierra para vivir en [sociedad?
¿No estamos sobre todo para amar?
Amar es fuerza, que el amor sostiene,
Muy triste sin amar fuera ser hombre;
Es preciso poder á un tierno objeto
Decir cuanto se siente por la noche,
Y dormirse pensando en su ternura,
Y despertar para decirle amores.

Voltaire es quien ha dicho ésto, y soy completamente de la opinión de Voltaire.

Así, ya que es preciso hacer todas estas cosas por la noche, claro es que también es indispensable tener uno cerca de sí ese *tierno objeto* á quien se adora.

Es también la doctrina de los apóstoles:

Mélius es nubere quam uri.

Mejor es casarse que quemarse.

De suerte que, estamos conformes; hacen perfectamente en casarse.

Pero en ese caso, señores casados, ¿por qué teneis algunas veces un aire tan....en fin, un aire....particular?

¿Por qué con frecuencia quereis renegar de vuestra posición tratando de daros el continente, el aire, y todas las maneras de solteros?

¿Por qué, apenas casados, ya os quejais de serlo?....(casados, entiéndase bien.)

¿Por qué cesais tan pronto de ser amantes, galantes, solícitos, cariñosos, amables, y á veces hasta amorosos?... por qué hay una porción de cosas que cesais de hacer, ó al menos que no las haceis tan bien?

¿Por qué en lugar de evitar las querellas con un poco de paciencia, ó de complacencia, os acostumbrais á disputar con vuestras mujeres como á tomar café?

¿Por qué cuando parece deslizarse el cansancio en vuestra casa, os vais corriendo á buscar placeres en otra parte, en vez de hacer esfuerzos para que vuelvan á vuestro seno?

¿Por qué sois los primeros en hacer todo lo preciso para que cesen de amaros?

¿Por qué sois tan torpes que os haceis amigos de buenos mozos ó de hombres de talento, con los cuales tiene que seros siempre desfavorable la comparación?

¿Por qué vais contando á todas partes, á tontas y á locas, que vuestra mujer ya no os ama, que es como si dijéseis: "La plaza está vacante: yo ya no la ocupo; cualquiera puede solicitarla?"

¡Por qué....¿Por qué....?

Apuesto que decís ya: "Nosotros no hacemos nada de éso."

¡Ah! ¿no haceis nada de éso?...Así lo creís....pero ninguno se conoce á sí propio....

¿Quereis saber lo que haceis?

Estad seguros de que no recargará el cuadro.

PAUL DE KOCK.

Sould y Miss Kingdon.

Grande sorpresa ha dado á sus padres, á sus amigos y al público entero, el joven George Gould, hijo del no bien querido archimillonario Jay Gould, con el romántico casamiento que acaba de hacer. Todo el mundo esperaba del espléndido mozo un entronque compatible con su posición. Al primer rumor de este matrimonio las miradas se fijaron en las alturas de los millones ó en las eminencias de la cuna y aguardábase ver aparecer al rico novio de brazo con alguna empingorrotada dama, con hidrópicos talegos por dote ó con títulos de nobleza escritos sobre vieja piel raída y adobada. Pero la decepción ha sido general. El joven Gould no fué á buscar mujer entre millones ni pergaminos, sino que en una noche de fastidio, se llegó á una oficina de un teatro sacó del bolsillo un prosaico duro, compró una democrática butaca de primera fila, y se sentó á esperar que acabara de soplar la orquesta su obertura y que se levantase el telón. Callaron violín y trompas, sonó el pito de cuyo silvido es esclavo el telonero, se arrolló la pintada tela, salieron á la escena primero los criados que imponen al público de las interioridades de los personajes, y luego apareció el coro, cantó un rato dando tiempo á que el barba se acomodase la ídem, y el galán se atusase el mostacho y la dama se pintase las ojeras. Entre tanto el joven Gould seguía con su *spleen*. Su imaginación estaba en otra parte; en su mente daban vueltas los ferrocarriles de su padre y golpeaban su tic tac eterno los telégrafos que en red inmensa estienden sus hilos como las ventosas de un monstruoso pulpo. De repente sintió como una onda perfumada, vió abrirse la puerta del foro y asomar primero una vaporosa nube de sedas y encajes, luego un brazo de nacar, enseguida una cara de cielo, y por fin una figura de ángel. Era Miss Kingdon, la protagonista de la comedia que se representaba. Al mirarla el mozo, se le fué el *spleen*, huyeron los trenes, callaron los telégrafos, y no quedó en su cerebro sino una sola idea, la de poner todo éso líneas, de rieles y líneas de alambres, promontorios de oro y montes de bonos, á los piés de aquella beldad, sacarla de la escena y llevarla á palacio, robarla para siempre al aplauso del público y ser el solo su *claque* por toda la vida; en el dichoso privado, íntimo, estrecho, casi unipersonal drama de himeneo.

Y como lo pensó lo hizo, que poderoso señor es Dn. Dinero. La pobre muchacha que nunca soñó sino con ver caer á sus plantas ramilletes de flores en cartuchos de papel picado, tributos de á tres pesos cuando más caros, esplendor de un día

y al siguiente ocupación para la criada del barrido, sintió que el mundo se le iba, que el alma también se le escapaba, cuando vió al hijo de Jay Gould, al príncipe heredero de los millones no más respetados, pero si más saneados de América, doblada la rodilla como un caballero de la Edad Media, rendido de amor, y poniendo en la balanza de su corazón toda aquella pesadumbre de riquezas. El platillo se inclinó y no podía menos. La joven actriz dió el sí anhelado, y un Ministro Protestante unió sus destinos con el lazo eterno, que nadie puede desatar en la tierra, excepto la expedita y socorrida ley de divorcio que rige en New Jersey.

Pusieron el grito en el cielo los caballeros de la aristocracia del centavo, los ennoblecidos por el tanto por ciento, y se indignaron por esta que consideraron *mesalliance* de uno de sus más encopetados retoños; pero la prensa, ese correctivo sin apelación en los paises libres, cortó la discusión, declarando que el hijo del hombre que había comenzado su fortuna vendiendo de puerta en puerta trampas de cojer ratones, no estaba desgraciado casándose con una joven honesta que había escojido el arte por carrera.

Y con esto callaron los ricos, aplaudieron los pobres, y los recién casados se picaron el ojo y siguen felices. Más Miss Kingdon no pertenece ya al *Dalys Theatre*, ya no hace allí el lindo papel de Margery Gwynne en la comedia del *Amor con muletas*, ahora es la señora George Gould, y éste el más feliz de los maridos en el mejor de los mundos posibles Moraleja: "Cuando la codicia saca los dineros al pueblo; viene el Amor y vuelve al pueblo los dineros."

(Tomado de la última correspondencia de Bolet Peraza.)

ESCOBADAS.

Honduras.—En partes venidos de Managua vuelve á asegurarse que el General don Emilio Delgado y tres más han sido pasados por las armas. Estos tres, en caso de que el hecho inicuo sea cierto, serán indudablemente los coroneles Herrador, Cortés y Sevilla, que también fueron tomados prisioneros. Nos resistimos aun á creer en la veracidad de esta noticia: no suponemos que el General Bográn se muestre tan destituído de generosidad como de talento para que, pudiendo impedirlo, ejecute una sentencia que levanta en alto el cadalso político en Honduras, después de que los demás gobernantes de Centro-América, la Asamblea del Salvador, diferentes corporaciones muy respetables, el gremio de los periodistas de las cuatro Repúblicas hermanas y gran número de personas particulares se han empeñado por la vida del caudillo revolucionario.

Quiera Dios que no se confirmen los telegramas á que hacemos referencia porque el asesinato cometido en la persona de Delgado y sus compañeros en nombre de la ley, sería una deshonra para Centro-América y la muerte moral para el gobernante hondureño, que demostraría con una acción de esta naturaleza que no sólo le falta valor en el tiempo de guerra, sino también cuando la República se halla en plena paz, y está más afianzado su poder, merced á un triunfo obtenido por las armas.

Que el señor Bográn, hijo la población de Santa Bárbara, no dé lugar á que su nombre gentilicio sea el de *bárbaro!*

El Diablo en el Colegio de Abogados. Sabemos que el señor don Ricardo González y González trata de incorporarse en la facultad de Jurisprudencia de esta República. En tal virtud ha hecho ya la correspondiente petición y pronto rendirá

el examen respectivo; como el acto es público, no perderemos la oportunidad de presenciarlo. Con sinceridad deseamos que se muestre mejor abogado que literato y que no tenga que decir, hablando de la Jurisprudencia, que

"El mar es cosa profunda."

No continuamos la célebre estrofa, porque ya es muy popular entre nosotros.

En perspectiva tienen los lectores de "La Gaceta Oficial" la publicación que, por orden del señor Ministro Jiménez, se hará del inventario de los muebles pertenecientes al Hospicio de Sanidad que acaba de cerrarse. El señor Gobernador está encargado, según el Decreto respectivo, de dicho inventario. Ya se verá lo que han dejado allí las pobrecitas enfermas que ya hoy no cuentan con los auxilios de la ciencia ni de la caridad para curarse de sus dolencias.

Sensaciones de un ahorcado.—Teodoro Baker, vecino de Nuevo Méjico, fué ahorcado recientemente por una partida de amotinados: dándole por muerto, cortaron la cuerda en que lo colgaron, se salvó y publica las impresiones de su experimento, así:

"Llegamos á un poste de telégrafo, de cuyo extremo superior colgaba un cabo (cuerda) nuevo que tenía un lazo corredizo en el inferior, y me pusieron bajo la cuerda. —Yo traté de agacharme para quitarme los zapatos, pues había prometido á mis parientes no moriría con ellos; pero antes que lo pudiera conseguir, me pasaron el lazo por el cuello y me encontré balanceándome en los aires: los sentidos me faltaron un momento, y entonces me desperté en lo que me parecía ser el otro mundo; según mis recuerdos, la sensación que entonces experimentaba hacía multiplicar cuantos objetos me rodeaban, de modo que mis cinco verdugos se me figuraban millares, y por todas partes multitud de animales de todas formas y tamaños.

A poco cambian mis impresiones, y lo que siento luego es un fuerte y general dolor; adquirí la presunción de que estaba colgado por el cuello, que el lazo había entrado por debajo de la barba, que mis manos estaban fuertemente atadas, que á pesar de éso yo hacía uso de ellas, que trataba de cojer la cuerda por encima, que álguien me agarró por los piés en ese momento y me afiojó un latigazo, que me pareció como la luz brillante de un relámpago, ofuscándome la vista.

Entonces sentí en todo mi sér un horrible dolor, mis piernas se desgonzaron, me faltó todo conocimiento y no supe más de mí hasta las 11 del día siguiente.

Mi primera idea, luego, fué que estaba en el tribunal y me decía: ¿Quién me descolgó? Sentía en mis oidos un murmullo horrible como el chillar de los grillos; no conocía á nadie; el dolor seguía; estuve inconsciente varios días; tengo pocos recuerdos de mi viaje hasta aquí, y aún después de encerrado en esta prisión, por mi propia conservación, he seguido viendo los objetos, con una doble apariencia, incluso el Dr. Symington, médico á quien veía siempre con una doble personalidad, y á veces llegaba hasta creer que *yo no era yo*.

Un impresor pronunció después de la muerte de Franklin, el siguiente expresivo brindis, en que hace uso de los signos de su oficio.

—Benjamin Franklin es el * de su profesión, el *tipo* de la honradez, la ! de todos; aunque la ☞ de la muerte haya puesto un . á su existencia, cada § de su vida está sin.....

El temporal ha causado derrumbos aún de terrenos cultivados, caídas de puentes, destrucción de casas y gran número más de perjuicios que son de mucha

importancia. Los informes de las respectivas autoridades no pueden ser más desconsoladores; por fortuna ellas se prometen hacer cuanto antes las reparaciones del caso, al menos así lo dicen en sus correspondientes notas enviadas al Ministerio.

Monumentos.—En Guatemala van á erigirse seis, para honrar la memoria de José Milla, Batres Montúfar, Diéguez, Antonio J Irizarri, Goyena y al Gral Zavala. Honrar á los hombres ilustres es propio de los pueblos cultos.

El nombre de Napoleón se compone de dos palabras griegas, á saber: "Napos y León" que juntas significan "León del desierto." Las letras del mismo nombre, combinadas ingeniosamente, forman una oración completa y tienen particular analogía con el carácter de aquel hombre extraordinario. Quitando la primera letra de la palabra "Napoleón" y haciendo lo mismo con las que vayan resultando sucesivamente, se forman seis voces griegas de manera que con el nombre tendremos las siete que siguen y que señalamos con numeros para marcar el orden gramatical que debieran guardar. 1ª Napoleón. 6ª Apoleón. 7ª Poleón 3ª Oleón. 4ª León 5ª Eón 2ª On. Estas palabras traducidas al pié de la letra y puestas en el orden que les corresponde, significan: "Napoleón siendo el león del pueblo, vino á ser el destructor de las ciudades."

De más y de menos.— Un folletinista de un periódico londonense opina que la mujer debe tener las siguientes cualidades:

—"Hay tres cosas—dice—á las cuales debe parecerse una buena mujer, y á las que también no debe parecerse

En primer lugar, debe parecerse al *caracol* que guarda constantemente su casa; pero no debe hacer como este animal, que lleva sobre su cuerpo todo lo que tiene.

En segundo lugar, debe parecerse á un *eco* que no habla más que cuando le habla á el; pero no debe como el *eco* tratar de hablar siempre la última.

Y finalmente, debe de ser como el *reloj de la ciudad*, de una exactitud y regularidad perfectas; pero no debe como el reloj hacerse oír en toda la ciudad.

—:o:—

Fotografía iluminada.

Rayo de luz en máquina sombría
combinado en artísticos colores,
copió su faz, su pié, su gallardía
en dibujos iguales.

Mas sus ojos que abiertos le robaron
las suaves tintas al celeste tul,
su expresión á la sombra trasladaron
sin el color azul.

El dorado raudal de sus cabellos,
que ensortijaba el céfiro sonoro,
modeló en el cristal sus bucles bellos
sin el color de oro.

Los labios que mil perlas escondían,
frescos como el clavel de la mañana,
la línea de coral reproducían
sin el color de grana.

La mejilla de nácar trasparente,
desnuda de su tinta pudorosa
grabó en la sombra su expresión vehemente
sin el color de rosa.

Luego....como los ángeles llenaron
los lienzos del divino Rafael,
los colores su rostro iluminaron
al beso del pincel.

Flota en sus ojos luz, alma, poesía,
fanal de estrellas, de ilusiones lleno;
no hay lago de la tarde en la agonía
más azul y sereno.

Al entornado párpado de nieve,
sólo falta el perpétuo abatimiento;
al corazón, la vida que lo mueve,
á la boca el acento.

Mudo y postrado en silenciosa calma,
al contemplarle extático exclamé:
—¡dadme un pincel para copiar su alma
y un cielo os volveré!

ANTONIO F. GRILO.

Imp. de J. Canalias, C. de la Universidad 9 y 11.